

lo, á sus recuerdos. Yo no sé cuáles fueron los pensamientos que cruzaron por mi mente; yo no sé qué misterioso impulso de sentimientos experimenté en mi corazón; yo no sé lo que ví, ni lo que pasó por mí ser; tan sólo sé que de pronto me pareció que se descorría un velo ante mi alma, sentí dentro de mí una seguridad completa de aquello que hasta entonces más había deseado que creído; mi corazón se dilató en un sentimiento de suprema dicha, de dulzura angélica, de esperanza sin límites; un río de ardientes lágrimas brotó impetuosamente de mis ojos, y estrechando la mano amiga que buscaba la mía, grité desde lo profundo de mi alma: «¡Es verdad! ¡es verdad! ¡es verdad!» y me eché á llorar como un chiquillo.

El «San Antonio de Padua» me hizo experimentar la misma emoción. El santo se halla arrodillado en medio de su celda; el Niño Jesús, rodeado confusamente de una luz vaga y vaporosa, atraído por la fuerza de su plegaria, desciende hasta sus brazos; San Antonio, arrebatado en éxtasis, se lanza hacia él en cuerpo y alma, echando atrás la cabeza radiante en el arrobamiento de una felicidad sobrehumana. La sacudida que me causó este cuadro fué tal, que algunos minutos de contemplación me dejaron fatigado como si hubiese recorrido un gran museo, y me sobrecogió un temblor que me duró todo el tiempo que permanecí en aquella sala.

Ví después otros grandes cuadros de Murillo: una «Concepción», un «San Francisco abrazando á Cristo», otra «Visión de San Antonio», y otros, en número de unos veinte, entre ellos la preciosa y célebre «Virgen de la servilleta», pintada por Murillo sobre una verdadera servilleta, en el convento de capuchinos de Sevilla, por satisfacer el deseo del lego que le servía. Es una de sus más delicadas creaciones, en la cual prodigó toda la magia de su inimitable colorido. Pero ninguno de esos cuadros, que son la admiración de todos los artistas del mundo, apartó mi pensamiento y mi corazón de aquel divino «San Antonio».

Hay además en el Museo cuadros de los dos Herrera, de Pacheco, de Alfonso Cano, de Pablo Céspedes, de Valdés, del Mulato, que fué criado de Murillo y supo imitar hábilmente la manera del maestro. Y en fin, el famoso gran cuadro «La apoteosis de Santo Tomás de Aquino», de Francisco Zurbarán, uno de los más eminentes artistas del siglo xvii, llamado el Caravaggio español, superior tal vez á éste por la verdad y la expresión naturalista, potente, colorista vigoroso, pintor inimitable de monjes austeros, de santos extenuados por las maceraciones, de ermitaños pensativos, de sacerdotes terribles, y poeta incomparable de la penitencia, de la soledad y de la meditación.

*

Después de enseñarme el Museo de pintura, el señor don Gonzalo Segovia me condujo por un laberinto de pequeñas calles, á la de «Francos», que es una de las principales de la ciudad. Deteniéndose ante la tienda de un comerciante en paños, me dijo sonriendo:

- ¿Esta tienda no os hace pensar en nada?
- En nada, á decir verdad—contesté yo.
- Mirad el número.
- Es el número quince; ¿y qué?
- ¡Qué demonio!—exclamó entonces mi amable cicerone.

Y se puso á cantar:

*Número quindici,
A mano manca....*

—La tienda del «Barbero de Sevilla»—exclamé yo entonces.

—Efectivamente; la tienda del «Barbero de Sevilla». Pero un momento: hablaréis de esto seguramente en Italia, mas os prevengo que no respondo del hecho. Las tradiciones son con frecuencia engañosas, y yo no quisiera cargar con

la responsabilidad de una afirmación histórica de tanta importancia.

En aquel momento el tendero apareció en la puerta, y adivinando lo que allí nos retenía, se echó á reír y nos dijo: «No está (Figaro no está en casa).» Y saludándonos, metióse dentro.

Rogué entonces al señor Segovia que me hiciera ver un «patio», uno de esos «patios» encantadores que mirados desde la calle me hacían soñar tantas delicias.

—Al menos quiero ver uno—le dije.—Penetrar una vez hasta el centro de sus misterios, tocar sus paredes y lograr el convencimiento de que es una realidad y no una visión.

MI deseo fué en seguida satisfecho. Entramos en un «patio» de uno de sus amigos. El señor Segovia dijo al criado cuál era nuestro deseo, y nos quedamos solos.

La casa no tenía más que un piso. El «patio» no era mayor que un salón ordinario, pero era todo mármol y flores, con un juego de agua en el centro, en torno cuadros y estatuas, y de un techo á otro un toldo que libraba de los rayos del sol. En un ángulo había una pequeña mesa de labor y aquí y allá cajas y taburetes donde se habían apoyado seguramente los pies de una andaluza que nos estaba observando á través de una persiana. Miré cada cosa en detalle, como lo hubiera hecho con una casa abandonada por las hadas. Me senté, cerré los ojos, y me imaginé que era el dueño de la casa. Me levanté después, me bañé la mano en el agua de la fuente, toqué una columna, me apoyé contra la pared, cogí una flor, levanté los ojos hacia las ventanas, sonreí, suspiré y dije:

—¡Cuán dichosos deben ser los que aquí viven!

En aquel momento oí que se reían, volví la cabeza y vi brillar detrás de una persiana dos ojos negros que desaparecieron en seguida.

—Es verdad—dije yo,—no creía que sobre la tierra se pudiese vivir tan poéticamente. ¡Y pensar que gozáis de semejantes caras toda la vida y que

tenéis ánimo todavía de devanaros los sesos con la dichosa política!

Don Gonzalo me explicó los secretos de la casa.

—Todos esos muebles—me dijo,—esos cuadros, esas macetas de flores, desaparecerán de aquí en el otoño y serán trasladadas al primer piso, que es la habitación de invierno y de primavera. Al acercarse el verano, camas, armarios, mesas, cajas, todo es transportado á los cuartos de la planta baja y la familia duerme aquí, come, recibe á los amigos y aquí trabaja, entre las flores y los mármoles, al dulce murmullo de la fuente. Y como durante la noche se dejan las puertas abiertas, desde las alcobas se ve el patio iluminado por la luna y se respira el perfume de las rosas.

—¡Oh! ¡basta ya!—exclamé yo.—¡Basta, señor Segovia! ¡Tenga usted compasión de los extranjeros!

Y riéndonos de todas veras, salimos de allí para ir á ver la famosa «Casa de Pilatos».

Al pasar por una callejuela solitaria vi en los escaparates de una quincallería un surtido de cuchillos espantosamente anchos, y largos y extravagantes que me acuciaron el deseo de comprar uno. Entré; me pusieron á la vista más de veinte, que hice abrir uno tras otro. A cada hoja que se abría daba un paso atrás. No creo que se pueda imaginar un arma de un aspecto más horrible ni más bárbaro. De un mango de cobre, latón ó cuerno, un poco encorvado y con calados en los que se incrustan pequeñas placas de talco de diversos colores, sale rechinando una hoja ancha como la palma de la mano, larga de dos cuartas, aguda como un puñal, en forma de pescado, adornada con cinceladuras rojas, que parecen líneas de sangre cuajada, y de inscripciones amenazadoras y feroces. «No me saques sin razón ni me cierras sin honor». En otra: «Cuando hiero todo ha terminado». En una tercera: «Cuando muerde esta serpiente, nada puede hacer el médico», y otras galanterías del mismo género.

El nombre especial de esos cuchillos es el de

«navaja», y la «navaja» es el arma de desafío del pueblo. Hoy día se halla algo olvidada ó descuidada, pero antes estaba muy en boga; había profesores de navaja; cada uno tenía su puñalada secreta: se verificaban los desafíos con todas las reglas del arte.

Compré la mayor de todas y proseguimos nuestro camino.

*

Después del Alcázar, el más hermoso monumento de arquitectura árabe que existe en Sevilla, es la «Casa de Pilatos». Se llama «Casa de Pilatos» porque su fundador, Enriquez de Ribera, primer marqués de Tarifa, la hizo construir, según parece, á imitación de la casa del pretor romano que había visto en Jerusalén á donde fué en peregrinación.

El aspecto exterior del edificio es modesto; el interior, maravilloso. Se entra desde luego en un «patio», no menos bello que el «patio» encantador del Alcázar, rodeado de una doble línea de arcos sostenidos por magníficas columnas de mármol, que forman dos ligeras galerías superpuestas y tan delicadas, que parece han de romperse al primer soplo del viento. En el centro hay una graciosa fuente, sostenida por cuatro delfines de mármol, y coronada por una cabeza de Jano. Los muros, en su parte inferior, se hallan adornados de brillantes mosaicos, y más arriba cubiertos de toda clase de caprichosos arabescos, con nichos acá y allá, en los cuales se ven los bustos de varios emperadores romanos. En los cuatro ángulos del «patio» se elevan cuatro estatuas colosales. Las salas son dignas del patio; techos, paredes, puertas, se hallan esculpidos, y se ven en ellos follajes, flores y otros dibujos con tal delicadeza hechos que parecen trabajos en miniatura. En una vieja capilla, cuya arquitectura es una mezcla de estilo gótico y árabe, de forma muy elegante, se conserva una pequeña columna de un

poco más de dos pies de altura, regalada por Pío V á un descendiente del fundador del palacio, virrey de Nápoles en aquel entonces. La tradición supone que Jesucristo fué atado á aquella columna para ser azotado, lo cual, de ser verdad, probaría que Pío V no lo creería así de ningún modo, pues no hubiera cometido tan á la ligera la incalificable enormidad de privarse de un objeto tan precioso, para hacer un regalo al primer recién venido. Todo el palacio está lleno de recuerdos sagrados. En el primer piso el guardián os enseña una ventana que corresponde á aquella junto á la cual San Pedro se hallaba sentado cuando reñegó de Jesús y la lucerna desde la cual le reconoció la criada.

Desde la calle se ve otra ventana con un balcón de piedra, que ocupa el mismo sitio de aquel desde el cual Jesús, coronado de espinas, fué presentado al pueblo. El jardín está lleno de fragmentos de estatuas antiguas, traídas de Italia por el mismo don Pedro Afán de Ribera, virrey de Nápoles. Entre otras fábulas que se refieren sobre este misterioso jardín, se dice que don Pedro Afán de Ribera, había colocado allí una urna, traída de Italia, que contenía las cenizas del emperador Trajano, y que un curioso sin educación la volcó un día, perdiéndose las cenizas del emperador entre la hierba, sin que nadie pudiera recogerlas. De este modo el augusto monarca, nacido en Itálica, volvió por azar extraordinario junto á su ciudad natal, no tan bien equipado, justo es decirlo, que pudiera detenerse á meditar sobre las ruinas de su ciudad natal; pero de todos modos, allí volvió.

*

Quando se ha visto todo cuanto he descrito, puede decirse, no que se ha visto Sevilla, sino que se ha empezado á ver. Me detengo aquí, no obstante, porque todo ha de tener su fin. Dejo á un lado los paseos, plazas, puertas, bibliotecas, pala-

cios públicos, casas de grandes jardines, é iglesias. Diré tan sólo que después de haber paseado durante muchos días desde la salida hasta la puesta del sol, vine obligado á salir de Sevilla con muchos remordimientos de conciencia. No sabía dónde tenía la cabeza. Llegué á tal extremo de fatiga, que el anuncio de algo nuevo que me quedaba por ver, me producía más miedo que alegría. El bueno de don Gonzalo me animaba, me confortaba, por así decirlo, y me acortaba las distancias con su amable compañía, pero, á pesar de esto, sólo conservo un recuerdo sumamente confuso de cuanto vi en los últimos días.

*

Sevilla, aunque no merezca ya el dictado de Atenas española, como en tiempos de Carlos V y de Felipe II, cuando, madre y señora de una falange numerosa y escogida de poetas y pintores, era el asiento de la civilización y de las artes del vasto imperio de sus monarcas, es todavía, después de Madrid, la ciudad de España donde la vida artística se mantiene más floreciente, por la abundancia de talentos, por el saber de sus Mecenas, y por el carácter del pueblo, apasionado por las bellas artes.

Posee una brillante academia literaria, una sociedad protectora de las artes, una Universidad famosa y una familia de sabios y escultores que gozan en España de una honrosa reputación. Pero la más legítima gloria literaria de Sevilla es una mujer. Catalina Bohl, autora de las novelas que llevan el nombre de Fernán Caballero, sumamente apreciadas en España y en América, traducidas á casi todos los idiomas de Europa y conocidas en Italia,—donde acaban de ser publicadas algunas de ellas,—por casi todas las personas que siguen el movimiento de la literatura extranjera. Son admirables cuadros de costumbres andaluzas, llenos de verdad, de gracia, de ternura, y por encima de todo de una fe tan potente, de un entu-

siasmo religioso tan intrépido, de una ardiente caridad cristiana tan ardorosa, que el hombre más escéptico, se siente, al leerlos, turbado y conmovido. Catalina Bohl es una mujer que sufriría el martirio con la firmeza y serenidad de San Ignacio. Y la conciencia de su fuerza se revela en cada una de aquellas páginas: no se limita á defender la religión y predicarla; ataca, amenaza y desafía á sus enemigos, no sólo á los enemigos de la religión, sino á todos los hombres y á todas las cosas que se hallan animados, como ella dice, del espíritu del siglo. Y no perdona nada de cuanto se ha hecho en el mundo con posterioridad á la época de la Inquisición; es más inexorable que el «Syllabus». En ello estriba, seguramente, su mayor defecto, pues que sus predicaciones religiosas y sus invectivas son exageradas, tanto, que cuando no sublevan, perjudican á lo menos el propósito de la autora, y hacen su lectura enojosa. Sin embargo, no hay en el alma de aquella una gota de hiel; se muestra en sus libros tal cual se muestra en su vida, amable, buena, caritativa. En Sevilla es venerada como una santa. En ella nació, en ella se casó muy joven y al presente se encuentra viuda por tercera vez. Su último marido, que fué embajador de España en Londres, se suicidó y desde entonces no ha dejado el luto. Tiene más de setenta años; ha sido muy hermosa y su aspecto noble y sereno guarda el sello de su pasada belleza. Su padre, que era un hombre de espíritu radiante y cultivado, le hizo aprender muchos idiomas en la infancia: conoce á fondo el latín y habla con maravillosa facilidad el italiano, el alemán y el francés. Hoy, á pesar de que los diarios y los editores de Europa y América le hacen las más ventajosas ofertas para obligarla á coger la pluma, ya no escribe; pero no por esto vive en la inacción. Lee desde la mañana hasta la noche toda clase de libros, y mientras lee, hace calceta ó borda, pues tiene establecido que sus estudios literarios no deben privarla de sus ocupaciones femeniles. No tiene hijos: vive

sola en una casa de la cual ha cedido la mejor parte á una familia pobre y emplea en limosnas una gran parte de su haber.

Un rasgo curioso de su carácter y de la viva afección que siente por los animales: su casa está llena de pájaros, gatos y perros y su sensibilidad llega á tal extremo en este punto, que nunca ha querido subir á un coche, de miedo que por su causa se diera un latigazo al caballo. Todos los dolores la afligen cual si fueran sus propios dolores: la vista de un ciego, de un enfermo, de un desgraciado cualquiera la tiene turbada todo un día. No puede dormir si no ha consolado á alguien, y daría alegremente toda su gloria por evitar la desdicha de un desconocido. Antes de la revolución vivía menos retraída; los duques de Montpensier la recibían con grandes distinciones y las más ilustres familias se disputaban el honor de su presencia. Hoy vive sólo con sus libros y algunas amigas.

En tiempo de los árabes, Córdoba tenía la supremacía en la literatura y Sevilla en la música. Averrhoes decía: «Cuando en Sevilla muere un sabio y quieren vender sus libros, los mandan á Córdoba; pero si muere un músico en Córdoba, sus instrumentos, para ser vendidos, se envían á Sevilla». En la actualidad Córdoba ha perdido la preeminencia literaria y Sevilla tiene las dos. Sin duda que nuestros tiempos no son aquellos en los cuales un poeta, al cantar las bellezas de una dama, hacía subir alrededor de ella y de todos los puntos del reino una turba de enamorados; ó en los que un príncipe sentía envidia de otro porque se había escrito en elogio de éste un verso mejor que cuantos él había inspirado en toda su vida; ó en los cuales un califa recompensaba al autor de un hermoso himno, haciéndole presente de cien camellos, unas cuantas esclavas y un vaso de oro; ó en los que una ingeniosa estrofa, improvisada á propósito, rompía las cadenas de un esclavo ó salvaba á un reo de muerte; ó en los que los músicos se paseaban por las calles de Sevilla lle-

vando un cortejo de monarcas; ó en los que el favor de los poetas era tan buscado como el de los reyes y la lira más considerada que la espada. Pero el pueblo sevillano es todavía el pueblo más poeta de España. La frase picante, las palabras de amor, la expresión de la alegría y del entusiasmo brotan de sus labios con una espontaneidad y gracia que seducen.

El pueblo de Sevilla improvisa versos: cuando habla se diría que canta; cuando gesticula se diría que declama, ríe y juguetea como los chiquillos.

No se envejece en Sevilla. Es una ciudad en la cual la vida pasa en una perpetua carcajada, sin otro pensamiento que disfrutar de un hermoso cielo, de bellas habitaciones y de jardines voluptuosos.

Es la ciudad más pacífica de España; es la única que después de la revolución no se ha visto agitada por esos movimientos que han trastornado á las demás. La política sólo ocupa el menor número: su grande ocupación es el amor. Lo demás se toma riendo; «todo lo echan á broma», dicen de los sevillanos los demás españoles. Pero á decir verdad: con aquel aire embalsamado, sus callejuelas de ciudad oriental y sus ardientes mujeres ¿pueden allí entretenerse en hacer revoluciones?

En Madrid dicen pestes de ellos: dicen que son vanos, falsos, inconstantes, charlatanes; pero todo es efecto de celos. Les envidian su feliz carácter, la simpatía que inspiran á los extranjeros, sus mujeres, sus poetas, sus pintores, sus oradores, su Giralda, su Guadalquivir, su vida, su historia. Así lo dicen los sevillanos poniéndose una mano sobre el pecho y lanzando al aire una nube de humo de su inseparable «cigarrito». Y sus mujeres se vengan de los madrileños y de todas las mujeres de la tierra, hablando con maliciosa piedad de los pies grandes, de las cinturas anchas y de los ojos muertos, que en Andalucía no recibirían ni el honor de una mirada ni el homenaje de un suspiro. Bondadoso y estimable pueblo, es

verdad, pero al cual hay también que considerar según el reverso de la medalla, pues de ella hasta ahora sólo conocemos el anverso. Reina en Sevilla la superstición y faltan escuelas, como en casi toda la España meridional.

*

El día fijado para mi marcha llegó sin que me diera cuenta de ello. Es sumamente raro: no recuerdo ningún detalle de la vida que hice en Sevilla, y harlo es que pueda recordar dónde comía, de qué hablaba con el cónsul, cómo pasaba las noches y por qué decidí marcharme de ella.

Vivía como enajenado y fuera de mí, si es dable expresarme de este modo, y aun algo atontado. A no ser por lo que hablamos en el Museo y en el «patio», muy mala idea hubiera formado de mis conocimientos mi amigo Segovia. Hoy pienso en aquello como si hubiera sido un sueño. En los actuales momentos, mientras estoy seguro de haber estado en Zaragoza, Madrid y Toledo, me salta la duda de haber estado en Sevilla. Me parece que es una población mucho más lejana que el resto de España, que para volver á ella me sería necesario viajar durante meses y meses, y atravesar tierras desconocidas, océanos y pueblos muy distintos de los nuestros.

Pienso en las calles de Sevilla, en ciertas casas, cual si pensara en las manchas de la luna. A veces la imagen de esa ciudad se aparece ante mis ojos como una blanca visión y se disipa sin que mi mente pueda retenerla ni un instante. La vuelvo á ver cuando huelo una naranja con los ojos cerrados; al aspirar el aire, á ciertas horas del día, desde las puertas de un jardín, y al tararear una canción que oí cantar á un muchacho en las gradas de la Giralda.

Y no puedo explicar este misterio; pienso en

Sevilla como en una ciudad que he de visitar todavía y gozo al contemplar las láminas y los libros que en ella compré, porque estas cosas me dan la seguridad de que en ella estuve.

Hace un mes recibí una carta en la que me decían: «¡Volved entre nosotros!» Causóme un grato placer, pero me reí al mismo tiempo, cual si me hubieran escrito: «¡Id á dar un paseo por Pekín!»

Seguramente este será el motivo por que Sevilla me es más querida que las demás ciudades de España; la amo como á una bella desconocida que al atravesar un bosque misterioso me hubiese lanzado una mirada, dándome al propio tiempo una flor. Algunas veces, cuando algún amigo me apura preguntándome: «¿En qué piensas?» ya sea en el vestíbulo del teatro, ya en el café, necesito, para atenderle, salir de la cámara de María Padilla, de una barca que vuela á la sombra de los plátanos de la Cristina, ó de la tienda de «Figaro», ó del vestíbulo de un patio lleno de flores, de juegos de agua y de luces.

A la una de la tarde me embarqué en un buque de la compañía Segovia, junto á la torre del Oro, cuando Sevilla entera estaba sumida en un profundo sueño y un sol ardiente la bañaba en un océano de luz. Recuerdo que pocos momentos antes de la salida vino un joven á encontrarme á bordo y me entregó una carta de Gonzalo Segovia, en la cual había éste escrito un soneto, que guardo como uno de los más preciosos recuerdos de Sevilla.

Había á bordo una turba de cantantes españoles, una familia inglesa, obreros y niños. El capitán, un andaluz de pura sangre, tenía para todos una palabra cortés. Entablé en seguida conversación con él. Mi amigo Gonzalo es hijo del propietario del buque; hablamos de la familia Segovia, de Sevilla, del mar, de mil cosas. ¡Ah! El infeliz estaba muy lejos de pensar que pocos días después el desgraciado barco que mandaba sucum-

biría en alta mar, víctima de un horrible siniestro. Era el «Guadaira», cuya caldera de vapor reventó junto á Marsella, el 16 de Junio de 1872.

A las tres partimos con dirección á Cádiz.

X

CADIZ

Fué aquella tarde la más deliciosa de mi viaje. Poco después que el buque se había puesto en marcha, comenzó á soplar una de esas ligeras brisas que juegan, como una mano de niño, con vuestros cabellos y vuestra corbata. Y de la popa á la proa se levantó un alegre murmullo de voces de mujer y de niño, como sucede en la comitiva de una gira, al primer chasquido del látigo que anuncia la salida para el campo.

Todos los pasajeros se reunieron en la popa á la sombra de un gran toldo de colores, como un pabellón chino, y unos se sentaron sobre los rollos de cuerdas, otros se tendieron sobre el puente, otros se apoyaron en la borda, de cara á la torre del Oro, para gozar del espectáculo encantador y famoso de Sevilla, cuando se aleja y desaparece.

Algunas mujeres tenían todavía la cara bañada en lágrimas vertidas durante el reciente ¡adiós! Los niños no habían vuelto aún del aturdimiento que les causara la trepidación de la máquina; varias señoras altercaban aún vivamente con los faquines que les habían conducido el equipaje. Pero á los pocos instantes se calmó todo el mundo: empezaron á mondar naranjas, á encender ciga-

rros, á hacer circular botellas de licor, á trabar conversación con los desconocidos, á fararear, á reír. Al cuarto de hora todos éramos amigos. El buque volaba dulcemente, como una góndola, por sobre las aguas tranquilas y límpidas que reflejaban como un espejo los blancos vestidos de las damas, y el aire nos traía de las orillas, pobladas de quintas, el agradable olor de los naranjos.

Sevilla se había ocultado detrás de su cinturón de jardines, y sólo veíamos un inmenso monte de árboles verdes, y por encima la masa negra de la catedral, y la Giralda, color de rosa, con su estatua refulgente como una lengua de fuego. A medida que nos alejábamos, la catedral parecía más grande y majestuosa, como si fuera siguiendo al buque y ganando terreno: ya parecía que persiguiéndonos se alejaba de la orilla, ya que se ponía á horcajadas sobre la corriente del río; hubo un momento en que se había vuelto al sitio; pero un momento después creímos que se acercaba tanto al buque como si éste hubiera vuelto atrás.

El Guadalquivir serpentea formando curvas sumamente pronunciadas, y según el buque se inclina de un lado ó de otro, Sevilla aparece ó desaparece. Ya se presenta de improviso sobre un lado, lo mismo que si se hubiera alejado de su circuito; ya aparece sobre los bosques, resplandeciente de blancura como un tejado cubierto de nieve; ora deja ver aquí y allá, entre la verdura, algunas fajas blancas, ora se oculta de nuevo, haciendo toda clase de giros y coqueterías, como una mujer caprichosa. Desaparece, por último, y no se la ve más, quedando sólo al descubierto la catedral. Entonces uno ya no se ocupa más que de mirar las orillas. Parece el viaje por el estanque de un parque. Aquí una colina revestida de cipreses, allá una florida eminencia, más lejos un pueblo tendido á lo largo de la orilla; y por sobre los emparrados de los jardines y desde las quintas, muchas cabezas de curiosas damas que